

ARZOBISPO
Ricardo Blázquez Pérez

Homilía

XXVI JORNADA MUNDIAL DE LA JUVENTUD 2011 - MADRID (ESPAÑA)

Eucaristía en el día diocesano de los Días en la Diócesis de Valladolid

14 de agosto de 2011

Es para mí motivo de particular satisfacción saludar en nombre de la Diócesis de Valladolid a todos vosotros, los que habéis venido de lejos: Estados Unidos, Canadá, Brasil, Venezuela, Benin, Tanzania, Tailandia, Francia, Italia, Reino Unido, Ucrania, España, Ecuador, Colombia, Australia, Argentina, México. ¡Bienvenidos todos! Nos habéis alegrado con vuestra visita. La Carta a los Hebreos, haciendo referencia a la aparición de Dios a Abrahán en Mambré, dice: «*Conservad el amor fraterno y no olvidéis la hospitalidad; gracias a ella, algunos, sin saberlo, hospedaron a ángeles*» (Hb 13,2). Queridos amigos, os hemos acogido como hermanos en la fe; nuestra familia ha crecido con vuestra presencia. El Evangelio ha sido anunciado y ha sido creído por todas partes; por ello nos encontramos aquí ahora cristianos de tantos lugares. En torno a la doble mesa de la Palabra de Dios y de la Eucaristía se ha ampliado nuestra fraternidad.

Hemos sido convocados por el papa Benedicto XVI a Madrid para participar en la Jornada Mundial de la Juventud. Nos preside a todos en la fe, en el amor y en la misión; dando gracias a Dios por su entrega al ministerio confiado por el Señor, hemos seguido su invitación con afecto y alegría. Nos hemos puesto en camino, buscando a Jesucristo, a quien queremos ver (cf. Jn 12,21).

con nuestra oración, nuestra comunión cordial y obediente, con nuestra disponibilidad a ser testigos de Jesús en el mundo.

La presente peregrinación y convocatoria, esta hospitalidad y convivencia, son una expresión elocuente de lo que es la Iglesia una y católica. Formamos una asamblea de hermanos en la fe, y experimentamos el gozo de estar unidos.

La Jornada Mundial de la Juventud es un acontecimiento de gran alcance, una fiesta de la fe que nos llena de alegría, en la que convergemos de los cuatro puntos cardinales, porque en todos ha resonado el Evangelio y a todos somos enviados. Nuestra concordia y gozo proceden del Señor; estamos unidos entre nosotros, porque a todos nos une el mismo Jesucristo. Nos mueve a todos, desde nuestros numerosos lugares de procedencia, el deseo de encontrar en la fe a Jesús. Él es el secreto de nuestra vida. Como la mujer cananea del Evangelio, nos postramos ante Él y le decimos "Señor, socórrenos". Y Él, a través de los días próximos, de celebraciones, de catequesis para profundizar la fe, de oración y el sacramento de la reconciliación, de la convivencia con los demás, de la fiesta en que terminará entrando como por ósmosis la ciudad de Madrid, nos dirá: "Que se cumpla lo que desees".

Estamos convencidos por experiencias pasadas y por la esperanza en el futuro de que el encuentro con Jesucristo cambia la vida, alegra el corazón, alienta la esperanza, ensancha el espíritu a la fraternidad y el servicio. El encuentro con Jesucristo *«proporciona un dinamismo nuevo a toda la existencia»* (Mensaje del Papa, 2). Venimos cansados de oír palabras huecas, engañosas y a veces envenenadas. Necesitamos escuchar a Jesús, que tiene palabras de vida eterna (cf. Jn 6,68). No está sobrado nuestro mundo de orientaciones alentadoras y de caminos de futuro (podemos echar una mirada al entorno más cercano y al más distante) como para desoír, hacer interferencias o incluso hasta intentar silenciar a quien nos ofrecerá indicaciones para arraigar en tierra fértil y entrever el rumbo para salir de situaciones inquietantes. A veces sufrimos porque no sabemos lo que nos pasa; no hay únicamente problemas económicos, sino también sociales, educativos y familiares. Nos falta arraigar en la verdad y el amor para superar la crisis de humanidad y de ética. Estamos sumergidos en un marasmo que nos paraliza para avanzar hacia metas con ideales y proyectos que ilusionen el corazón y estimulen las fuerzas vitales.

nosotros; su sí creyente y libre fue la puerta de entrada. Por María, este puente que une las dos orillas, la de Dios y la de la humanidad, podemos también nosotros ir a Dios; ella sostiene nuestros síes frágiles y deficientes. Que al terminar nuestra peregrinación nos muestre María a Jesús, el fruto bendito de su vientre. ¡Que nos enseñe a caminar, a tratar bien a Jesús, a seguirlo hasta la cruz y la luz!